



VICENTE VALERO

Días del bosque

Visor, Madrid, 2008

Todo paisaje que nos traiga a una isla —como ésta que habito— lo ha de hacer desde el mar, y sin embargo Vicente Valero nos trae tierra adentro, como si el mar nunca hubiera existido, como si el mar no fuera aquel que nos ha traído. Es otoño, incluso es invierno, en los versos de Vicente Valero, en este bosque acogedor de palabras impregnadas de savia, de hojas secas, de líquen y de viento. Pero más allá de las lindes, el verano, el aplastante verano de la isla, nos empuja al refugio de la sombra donde se vive lejos de la algarabía de la playa y el mar. El gran sol que inunda nuestra isla durante todo el verano resucita al animal hibernado y poco a poco nos va apartando en los rincones solitarios y pacíficos. Como en aquel cuento de Julio Cortázar, *Casa tomada*, donde sus habitantes se van recluyendo en las habitaciones más apartadas, los habitantes de la isla nos retiramos a los rincones más acogedores, donde se refleja la isla que nos atrajo y recuperamos la intimidad de nuestras vidas. Esos lugares son los que visitaremos, esos caminos son los que andaremos, en los poemas de *Días del bosque*, un homenaje a la naturaleza que nos acoge.

La poesía derramada en *Días del bosque* no nace de la contemplación, sino de hollar los caminos habituales por los que el artista pasea en busca de la hermandad con la naturaleza: “el caminante ahuyenta, caminando, a sus demonios”. El

día como ese fragmento de vida que se repite y nos permite seguir cumpliendo nuestros deseos. Cada poema es un paisaje, un instante de la excursión que el poeta comienza con la luz del alba y acaba con la puesta del sol, perdiéndose en la oscuridad de la noche del bosque. Paisaje, paisaje, el mismo paisaje que todo lo abarca y en el que todo pasa, desde la vida hasta la muerte. La brevedad del libro, el instante que representan cada uno de sus poemas, nos permite leer la obra como un único paseo, abarcado en la misma jornada. Cada poema es la huella que el poeta ha dejado en su camino y el lector ha de respetar esos versos, esas huellas, cuando al leerlos recree de nuevo los mismos senderos.

En otros libros anteriores de Vicente Valero encontramos la exuberancia y el estallido de un ser interior atormentado, mientras que en los más recientes —*Días del bosque*, *Diario de un acercamiento*— lo que estalla es la naturaleza y el hombre es testigo silente y partícipe de la explosión de la luz, del color, del olor y del humor. *Diario de un acercamiento* y *Días del bosque* nos muestran el mismo camino con dos lenguajes diferentes y el paralelismo de los títulos no es más que un reflejo de lo que nos cuentan: el hombre que crece a partir de la tierra que pisa, de sus propias huellas. Un hombre que viaja siempre en solitario, vencido por las sensaciones que se precipitan sobre él y a la vez acogido por una naturaleza generosa. El bosque como el rincón donde encontrarnos.

Las 24 declaraciones que acompañan los 24 poemas parece que nos van a permitir ir más allá del poema, que nos van a explicar el porqué de sus versos y sin embargo son en ocasiones un *bucle* más, un retorno al punto de partida, que deja al lector la sensación de haber visitado ya esa roca. Reiteran los versos, se convierten en un reconocimiento de los lugares que habitamos. Como antes he advertido, los poemas nacen del paisaje conocido y a él se rinden en un tributo por todo lo que la naturaleza nos brinda en su continuo rehacer y en este sentido las declaraciones se vuelven también tributo. Lejos de querer etiquetar la obra y crear en el lector falsos prejuicios, creo que estamos ante un libro de poesía romántica, donde el espíritu creador del artista se crece impresionado por la acción de una naturaleza viva, en la que se revuelca sustentado en los cuatro elementos clásicos que le dan vida: el aire, el fuego, la tierra y el agua.

El *Discurso en verso* que cierra el libro parece una reflexión final, más allá del bosque, sobre la atalaya que preside el precipicio, con el mar de fondo y en lontananza y con el polvo del camino y los restos de brezo revueltos entre los cabellos. Es como un mirar el camino andado recreando la sabiduría que nos ha aportado: “Sus ojos no rescriben en vano lo que ven: / van así las palabras / descubriendo las cosas de este bosque, / su estancia verdadera”.

Invitando a leer este libro —y su compañero *Diario de un acercamiento*— invito a conocer de cerca un bosque en medio de una isla, donde se puede vivir sin ver el mar. Un mar que nos aísla y que es a la vez el camino por el que todos los que llegamos a la isla partiremos algún día, si no en busca de una “vida mejor, sí al menos de una vida nueva”.

José V. Garibo